

importa precaver á tiempo. Entonces conjeturando lo que sucederá aquí por lo que en otros países ha acontecido, con el aumento de la industria crecerá la poblacion, será mayor el número de los pobres, y mas dura su pobreza. No es este el lugar, ni cumple tampoco á nuestro propósito, de señalar las causas de tan doloroso fenómeno; bástanos consignarle aquí para llamar la atencion de los interesados y convencerlos de la importancia de tomar las precauciones convenientes evitándose males de la mayor trascendencia.

¿Cuáles son, se nos preguntará, esas precauciones? ¿cuáles son los medios de que puede echarse mano para lograr el deseado objeto? ¿cuál es la conducta que deben observar los ricos con respecto á los pobres? Reservándonos para otro artículo el desenvolver mas nuestras ideas, las formularemos por hoy en breves palabras: *hacerlos buenos, y hacerles bien.* — *J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

SEGUNDA CARTA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

MULTITUD DE RELIGIONES.

Voy á pagar, mi querido amigo, la deuda que en mi anterior contraje de responder á la dificultad que V. me proponia, relativa á la permission de Dios, sobre tantas y tan diferentes religiones. Este es uno de los argumentos que sin cesar reproducen los enemigos de la religion, y que suelen proponer con tal aire de seguridad y de triunfo, como si él solo bastara á echarla por tierra. No se crea que trate yo de desvanecer la dificultad, eludiendo el mi-

raría cara á cara, ni de disminuir su fuerza presentándola cubierta con velos que la encubran y disfracen; muy al contrario, opino que el mejor modo de desatarla es ofrecerla en toda su magnitud. Añadiré además, que no niego que haya en esto un misterio profundo, que no me lisonjeo de señalar razones del todo satisfactorias en esclarecimiento de la objecion indicada; pues estoy íntimamente convencido de que este es uno de los incomprensibles arcanos de la Providencia, que al hombre no le es dado penetrar. Me parece no obstante que les hace á muchos mas mella de la que hacerles debiera; y tan distante me hallo de creer que en nada destruya ni debilite la verdad de la Religion católica, que antes juzgo que en la misma fuerza de dicha dificultad podemos encontrar un nuevo indicio de que nuestra creencia es la única verdadera.

Es cierto que la existencia de muchas religiones es un mal gravísimo; esto lo reconocemos los católicos mejor que nadie, pues que somos los que sostenemos que no hay mas que una religion verdadera, que la fe en Jesucristo es necesaria para la eterna salvacion, que es un absurdo el decir que todas las religiones pueden ser igualmente agradables á Dios, y por fin los que tal importancia damos á la unidad de la enseñanza religiosa que consideramos como una inmensa calamidad la alteracion de uno cualquiera de nuestros dogmas. Por donde se ve que no es mi ánimo atenuar en lo mas mínimo la fuerza de la dificultad ocultando la gravedad del mal en que estriba; y que á mis ojos es mayor este daño que no á los del mismo que me la ofrece. Nadie aventaja ni aun iguala á los católicos en confesar lo inmenso de esa calamidad del humano linaje; porque sus creencias los precisan á mirarla como la mayor de todas. Los que consideran como falsas todas las religiones, los que se imaginan que en cualquiera de ellas puede el hombre hacerse agradable á Dios y alcanzar la eterna salud, los que profesando una religion que creen única verdadera, no profesan el principio de la caridad universal sin distincion de razas, pue-

den contemplar con menos dolor esas aberraciones de la humanidad; pero esto no es dado á los católicos, para quienes no hay verdad ni salvacion fuera de la Iglesia, y que además están obligados á mirar á todos los hombres como hermanos, y desearles de lo íntimo del corazon que abran los ojos á la luz de la fe, y que entren en el camino de la salud eterna. Bien se echa de ver que no trato como suele decirse de huir el cuerpo á la dificultad, y que antes procuro pintarla con vivos colores. Ahora voy á examinar su valor, presentándola bajo un punto de vista en que por desgracia no se la considera comunmente.

Tienen los dialécticos un principio que dice, *quot nimis probat nihil probat; lo que prueba demasiado no prueba nada*; lo que significa, que cuando un argumento cualquiera no solo concluye lo que nosotros nos proponemos, sino tambien lo que á las claras es falso, de nada sirve para probar ni aun lo que nosotros intentamos. La razon en que este principio se funda es muy clara: lo que conduce á un resultado falso, ha de ser falso tambien; luego por mas especioso que sea un argumento, por mas apariencias que tenga de solidez, por el mismo hecho de llevarnos á una consecuencia falsa, nos da una infalible señal de que, ó entraña alguna falsedad en las proposiciones de que se compone, ó algun vicio de razonamiento en el enlace de las mismas, y por tanto en la deducción á que nos lleva. Si por ejemplo, me propongo demostrar que la suma de los ángulos de un triángulo es mayor que un recto, y con mi demostracion pruebo que dicha suma es mayor que dos rectos, esta demostracion de nada servirá, porque con ella pruebo demasiado, es decir, que es mayor que dos rectos, lo que no puede ser; y este resultado será para mí una infalible señal de que hay un vacío en la demostracion, y que no puedo aprovecharme de ella para probar nada.

Otros ejemplos: si examinando un antiguo manuscrito, pretendo desecharle como apócrifo, y señalo para ello una razon critica, de la que resulten condenados tambien, códices cuya autenticidad no admita duda, claro es que de-

bo apartarme de mi razonamiento, seguro de que está mal concebido; prueba demasiado y por lo mismo no prueba nada. Si examinando la veracidad de la narracion de un viajero me empeño en que se ha de dar fe á sus palabras alegando razones de las que se infiriese que es menester dar crédito á otras relaciones conocidamente falsas; mi manera de discurrir seria mala tambien, porque probaria demasiado.

Perdone V., mi querido amigo, si me he detenido algun tanto en desenvolver este principio que en muchísimos casos sirve, y de que pienso hacer uso en la cuestion que nos ocupa: y con esto entenderá V. que no juzgo del todo inútiles las reglas para bien discurrir, y que mi desconfianza en los filósofos no se extiende á todo lo que se halla en la filosofía.

Apliquemos estos principios. Se nos objeta á los católicos la multiplicidad de religiones, como si á nosotros únicamente embarazara la dificultad, como si todos los que profesan un culto, sea el que fuere, no debiesen sobrellevar *in solidum* todos los inconvenientes que de ahí puedan resultar. En efecto: si la multiplicidad de religiones algo prueba contra la verdad de la católica, lo mismo prueba contra la de todas; tenemos pues que no solo viene al suelo la nuestra, sino cuantas existen y han existido. Además: si la dificultad que se levanta contra la permission de este mal significa algo, es nada menos que una completa negacion de toda providencia, es decir la negacion de Dios, el ateísmo. La razon es obvia: el mal de la multiplicidad de religiones es innegable; está á nuestra vista en la actualidad, y la historia entera es un irrefragable testimonio de que lo mismo ha sucedido desde tiempos muy remotos: si se pretende pues que la Providencia no puede permitirlo, se pretende tambien que la Providencia no existe, es decir que no hay Dios.

Infírese de aquí que la permission de la muchedumbre de religiones es una dificultad que embaraza al católico y al protestante, al idólatra y al musulman, al hombre

que admite una religion cualquiera, como al que no profesa ninguna, con tal que no niegue la existencia de Dios. Por ejemplo: si se me presenta un mahometano con su Alcoran y su Profeta, pretendiendo que su religion es verdadera, y que ha sido revelada por el mismo Dios, le podré objetar el argumento y decirle: «si tu creencia es verdadera, ¿cómo es que Dios permite tantas otras? si se engañan miserablemente los que viven en religion diferente de la tuya, ¿por qué permite Dios que todos los demás pueblos del mundo permanezcan privados de la luz?» A quien no niegue la existencia de Dios, imposible le ha de ser el no admitir su bondad y providencia; un Dios malo, un Dios que no cuida de la obra que él mismo ha criado, es un absurdo que no tiene lugar en una cabeza bien organizada; y hasta me atreveré á decir, que menos imposible se hace el concebir el ateismo en todo su horror y negrura, que no la opinion que admite un Dios ciego, negligente y malo. Suponiendo pues la existencia de un Dios con bondad y providencia, queda en pié la misma dificultad arriba propuesta: ¿cómo es que permite que el humano linaje yerre tan lastimosamente en el negocio mas grave é importante que es la religion? Si se nos dijera que Dios se da por satisfecho de los homenajes de la criatura, sean cuales fueren las creencias que profese, y el culto que le tribute la expresion de su gratitud y acatamiento, entonces preguntaremos. ¿cómo es posible que á los ojos de un ser de infinita verdad sean indiferentes la verdad y el error? ¿cómo es dable concebir que á los ojos de la santidad infinita sean indiferentes la santidad y la abominacion? ¿cómo es posible que un Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente pródigo, no haya cuidado de proporcionar á sus criaturas algunos medios para alcanzar la verdad, para saber cuál era el modo que le era agradable de recibir los obsequios y las súplicas de los mortales? Si las religiones solo tuviesen entre sí diferencias muy ligeras, el absurdo de darlas todas por buenas fuera menos repugnante; pero recuérdese que casi todas

ellas están diametralmente opuestas en puntos importantísimos; que las unas admiten un solo Dios, y otras los adoran en crecido número; que unas reconocen el libre albedrío del hombre, y otras lo desechan; que unas asientan por uno de los principios fundamentales la creacion, y otras se avienen con la eternidad de la materia; recórrase la enorme variedad de sus respectivos dogmas, de su moral, de su culto, y dígase si no es el mayor de los absurdos el suponer que Dios pueda darse por satisfecho con adoraciones tan contradictorias.

Vea V., mi estimado amigo, cuán bien se aplica á esta cuestion el principio dialéctico que mas arriba he recordado; y como una dificultad que algunos se empeñan en dirigir exclusivamente contra los católicos, no les toca á ellos únicamente, sino á todos los hombres que profesan una religion, y aun á los puros deistas. ¿Qué debe hacerse en semejantes casos? ¿Cómo se pueden obviar tamañas dificultades? Hé aquí el camino que en mi concepto debe seguir un hombre juicioso y prudente: hé aquí la manera de discurrir mas conforme á razon: «El mal existe, es cierto; pero la Providencia existe tambien, no es menos cierto; en apariencia son dos cosas que no pueden existir juntas; pero supuesto que tú sabes ciertamente que existen, esta apariencia de contradiccion no te basta para negar esa existencia; lo que debes hacer pues es buscar el modo con que pueda desaparecer esa contradiccion; y en caso de que no te sea posible, considerar que esta imposibilidad nace de la debilidad de tus alcances.»

Si bien se observa, en los negocios mas comunes de la vida, hacemos á cada paso un raciocinio semejante. Nos encontramos con dos hechos, cuya coexistencia nos parece imposible; á nuestro juicio se excluyen, se repugnan; pero ¿nos obstinamos por esto en negar que los hechos existan, cuando tenemos bastantes motivos para darnos la competente certeza? De seguro que no. «Esto es para mí un misterio, decimos, no lo entiendo; me parece imposible que así sea, pero veo que así es.» En seguida, si la

cosa vale la pena, buscamos la razon secreta que nos explique el misterio; pero si no damos con ella, no por esto nos creemos con derecho de desechar aquellos extremos de cuya existencia no podemos dudar, por mas que nos parezcan contradictorios.

Por donde verá V., mi estimado amigo, que una inconcebible ceguera nos impide á menudo el emplear en el exámen de las verdades mas importantes, que son las religiosas, aquellas reglas de prudencia de que nos valemos en los negocios mas comunes; y rechazamos como ofensiva de nuestra independencia y de la dignidad de nuestra razon, aquella conducta que no vacilamos en seguir á cada paso en la direccion y arreglo de nuestros mas pequeños asuntos.

Tan grabados tengo en mi ánimo estos principios enseñados por la buena lógica y por la mas sana prudencia, que me sirven sobre manera en muchas otras dificultades pertenecientes á la religion, y no dejan que se perturbe mi espíritu á la vista de la oscuridad que en ellas descubro, y que en mi debilidad no soy bastante á desvanecer. ¿Qué consideraciones mas espantosas que las sugeridas por la terrible dificultad de conciliar la libertad humana con los dogmas de la presciencia y la predestinacion? Si el hombre no atiende á mas que á la certeza é infalibilidad de la presciencia divina, quédase sobrecogido de horror, erízansele los cabellos á la sola consideracion de la fijeza del destino! la sangre se le hiela en las venas al pensar que antes de nacer él ya sabia Dios cuál habia de ser su paradero; pero, tan luego como reflexiona un instante, sobreponiéndose al terror y á la desesperacion que se apoderaban de su alma, encuentra abundantes motivos para sosegarle; halla aquí un misterio pavoroso, es verdad, pero que no le abate ni desalienta.

«¿Eres libre, se dice á sí mismo, para obrar el bien y el mal? sí, dudarle no puedes, te lo enseña la fe, te lo dicta la razon; lo experimentas por un sentido íntimo, y con experiencia tan clara, tan infalible, que no quedas

mas cierto de tu existencia que de tu libre albedrio. Luego nada importa que no comprendas cómo esta libertad se concilia con la presciencia de Dios.»

«Este misterio que yo no comprendo, ¿debe alterar en algo mi conducta, volviéndome flojo para el bien, y poco cuidadoso de evitar el mal? ¿es prudente, es lógico el pensar que haga yo lo que quiera, siempre se verificará lo que Dios tiene previsto, y que por consiguiente son vanos todos mis esfuerzos en seguir el camino de la virtud? No. ¿Y por qué? porque lo que prueba demasiado no prueba nada; y si este raciocinio valiera, se seguiria que tampoco he de cuidar de mis negocios temporales, porque al fin no será de ellos mas de lo que Dios tiene previsto; que por la misma razon, no he de comer para sustentarme, ni guarecerme de la intemperie, ni andar con tiento al pasar por la orilla de un precipicio, ni medicarme cuando me halle indispuerto, ni retirarme cuando se me viene encima un caballo desbocado, ni salir de una casa que se está desplomando, y cien y cien otras locuras por este jaez; es decir, que el atenerme á tal regla me privaria de sentido comun, hasta de juicio, haria de mí un loco rematado. Luego la tal regla es falsa, luego de nada debe servirme, luego lo que he de hacer es dejarle á Dios sus incomprendibles arcanos, y portarme yo como hombre recto, juicioso y prudente.»

A esto vienen á parar muchas de las dificultades que contra la religion se proponen: miradas superficialmente ofrecen una balumba abrumadora; examinadas de cerca, al tocarlas con la vara de la razon y del buen sentido, desaparecen cual vanas fantasmas.

Veamos ahora si se puede encontrar la razon de que Dios permita tal muchedumbre de religiones, tal masa de informes errores en el punto que mas interesa al humano linaje. La explicacion de este misterio, yo no alcanzo que pueda encontrarse sino en otro misterio, en el dogma de la Religion católica sobre la prevaricacion y consiguiente degeneracion de la descendencia de Adán. *El pecado, y co-*

mo su consiguiente castigo, *las tinieblas en el entendimiento, la corrupcion en la voluntad*; hé aqui la fórmula para resolver el problema; revolved la historia, consultad la filosofía; nada os dirán que pueda ilustraros, si no se atienden á este hecho misterioso, oscuro, pero que como ha dicho Pascal, es menos incomprensible al hombre que no lo es el hombre sin él.

Esta es la única clave para descifrar el enigma; solo por ella alcanzamos á explicar esas lamentables aberraciones de la mayor parte de la humanidad: no hay otro medio de dar una explicacion plausible á esta calamidad inmensa, como ni á tantas otras que afligen la infortunada prole de los primeros prevaricadores. El dogma es incomprensible, es verdad; pero atreveos á desecharle, y el mundo se os convierte en un caos, y la historia de la humanidad no es mas que una série de catástrofes sin razon ni objeto, y la vida del individuo es una cadena de miserias; y no encontráis por do quiera sino el mal, y el mal sin contrapeso, sin compensacion; todas las ideas de orden, de justicia, se confunden en vuestra mente, y renegando de la creacion, acabais por negar á Dios.

Sentad al contrario este dogma como piedra fundamental: el edificio se levanta por sí mismo, vivisima luz esclarece la historia del género humano, divisais razones profundas, adorables designios, allí donde no vierais sino injusticia, ó acaso; y la série de los acontecimientos desde la creacion hasta nuestros dias se desarrolla á vuestros ojos, como un magnifico lienzo donde encontráis las obras de una justicia inflexible y de una misericordia inagotable, combinadas y hermanadas bajo el inefable plan trazado por la sabiduria infinita.

Si entonces me preguntais ¿por qué tan considerable porcion de la humanidad está sentada en las tinieblas y sombras de la muerte? os diré que el primer padre quiso ser como un Dios sabiendo el bien y el mal, que su pecado se ha trasmitado á toda su descendencia, y que en justo castigo de tanto orgullo está el género humano tocado

de ceguera. Esta calamidad grande como es, no necesita que se le señale otro manantial que á todas las otras que nos afligen. Las terribles palabras que siguieron al llamamiento de Adan cuando le dijo Dios: «¿Adan, dónde estás?» resuenan dolorosamente todavía despues de tantos siglos; y en todos los acontecimientos de la historia, en todo el curso de la vida, siempre se trasluce el terrible fulgor de la espada de fuego, colocada á la entrada del Paraíso. El *sudor del rostro, la muerte*, se os ofrecerán por do quiera; en ninguna parte notareis que las cosas sigan el camino ordinario; siempre herirá vuestros ojos la formidable enseña del castigo y la expiacion.

Cuanto mas se medita sobre estas verdades, mas profundas se las encuentra: *in sudore vultus tui vesceris pane*, comerás el pan con el sudor de tu rostro, dijo Dios al primer padre; y con este sudor lo come toda su descendencia. Recordad esa pena, haced las aplicaciones á cuantos objetos os plazca, y no hallareis nada que de ella se exceptúe. *No vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*; no se verifica pues la terrible pena solo con respecto al pedazo de pan que nos sustenta, sino en todo cuanto concierne á nuestra perfeccion. En nada adelanta el hombre sin penosos trabajos; no llega jamás al punto que desea, sin muchos extravíos que le fatigan; en todo se realiza que la tierra en vez de frutos le da *espinas y abrojos*. ¿Ha de descubrir una verdad? no la alcanza sino despues de haber andado largo tiempo tras extravagantes errores; ¿ha de perfeccionar un arte? cien y cien inútiles tentativas fatigan á los que en ello se ocupan, y á buena dicha puede tenerse si recogen los nietos el fruto de lo que sembraron los abuelos. ¿Ha de mejorarse la organizacion social y política? sangrientas revoluciones preceden la deseada regeneracion; y á menudo, despues de prolongados padecimientos, se hallan los infelices pueblos en un estado peor del en que antes gemian. ¿Se ha de comunicar á un pueblo la civilizacion ó cultura de otro? la inoculacion se hace con hierro y fuego: generaciones en-

teras se sacrifican para alcanzar un resultado que no verán sino generaciones muy distantes. No vereis al genio sin grandes infortunios; nó la gloria de un pueblo sin torrentes de sangre y de lágrimas; nó el ejercicio de la virtud sin penosos sinsabores; nó el heroísmo sin la persecucion; todo lo bello, lo grande, lo sublime, no se alcanza sin dilatados sudores, ni se conserva sin fatigosos trabajos; la ley del castigo, de la expiacion, se muestra por todas partes de una manera terrible. Esta es la historia del hombre y de la humanidad: historia dolorosa ciertamente, pero incontestable, auténtica, escrita con letras fatales donde quiera que los hijos de Adan hayan fijado su planta.

Yo no sé, mi estimado amigo, por qué no ha llamado mas la atencion este punto de vista, y por qué han debido escandalizarse tanto los filósofos, de los dogmas de la religion que tan en armonía se encuentran con lo que nos están diciendo los fastos de todos los tiempos y la experiencia de cada dia. La prevaricacion y degeneracion del humano linaje es el secreto para descifrar los enigmas sobre la vida y los destinos del hombre; y si á esto se añade el adorable misterio de la reparacion, comprada con la sangre del Hijo de Dios, forma el mas admirable conjunto que imaginarse pueda; un tan sublime sistema, que á la primera ojeada manifiesta su origen divino. Nó, no pudo nacer de cabeza humana combinacion tan asombrosa; no pudo el espíritu finito idear un plan tan vasto, tan estupendo, donde se trabaran de tal suerte unos arcanos con otros arcanos, que del fondo de su oscuridad pavorosa arrojan rayos de vivísima luz para esclarecer y resolver todas las cuestiones que sobre el origen y destinos del hombre andaba hacinando la filosofía.

Esto es lo principal que tenía que decirle sobre las dificultades propuestas: ignoro si V. quedará enteramente satisfecho; sea como fuere, lo que puedo asegurarle con toda la sinceridad y conviccion de que soy capaz, es que, en las obras de todos los filósofos desde Platon hasta Cousin, no hallará V. sobre este particular nada con que un espí-

ritu sólido pueda contentarse, si no está tomado de la religion. Ellos lo saben, y ellos propios lo confiesan. Una vez han llegado á dudar de la divinidad del cristianismo, no saben de qué asirse: acumulan sistemas sobre sistemas, palabras sobre palabras; si su espíritu no es de alto temple, abandonan la tarea de investigar, fastidiados de no divisar en ningun confin del horizonte un rayo de luz; y se abandonan al *positivismo*, ó en otros términos, procuran sacar partido de la vida disfrutando de las comodidades y placeres. Si su alma es nacida para la ciencia, si sedienta de verdad no quiere abandonar la tarea de buscarla, por grandes que sean las fatigas, y patente la inutilidad de los esfuerzos, sufren durante toda su vida, y acaban sus dias con la duda en el entendimiento y la tristeza en el corazon.

En la actualidad, entusiasta como es V. de la filosofía, y admirador de ciertos nombres, no comprenderá fácilmente toda la verdad y exactitud de mis palabras; pero dia vendrá en que recuerde mis avisos aun mucho antes de que blanqueen su cabeza las canas. Nó, no necesitará V. que la tardía vejez cargada de escarmientos y desengaños, venga á abrirle los ojos: no sé si los abrirá V. para ver y abrazar la verdadera religion, pero sí al menos para conocer la futilidad de todos los sistemas filosóficos en lo tocante al origen, vida y destino del hombre. ¿Qué mas? ni siquiera necesitará V. estudiarlos á fondo para quedarse profundamente convencido de la impotencia del espíritu humano, abandonado á sus propios recursos: en el vestíbulo del mismo templo de la filosofía encontrará la duda y el escepticismo; y penetrando en su santuario oírá el orgullo disputando sobre objetos de poca entidad, ocupándose en juegos de palabras simbólicas é ininteligibles, y procurando en cuanto le es posible ocultar su ignorancia, eludiendo con una afectada pretericion las cuestiones que mas de cerca nos interesan, cuales son las relativas á Dios y al hombre. No se deje V. deslumbrar con los vanos títulos con que se adornan los diferentes sistemas, ni se aban-

done á supersticiosas creencias con respecto á los pretendidos misterios de la filosofía alemana, ni tomé V. por profundidad de ciencia la oscuridad del lenguaje. No olvidemos que la sencillez es el carácter de la verdad; y que poco fia de sus descubrimientos quien no se atreve á presentarlos á la luz del día. Estos tan ponderados filósofos, que rodeados de tinieblas viven como trabajadores que estuviesen explotando riquísimas minas en las entrañas de la tierra, ¿por qué no nos manifiestan el oro puro que han recogido? Otro día, si la oportunidad se brinda, entraremos de nuevo en esta discusion; entre tanto disponga de su afectísimo.—*J. B.*

EL DOCTOR NEWMAN,

EL PUSEISMO,

Y UNA RETRACTACION EXTRAORDINARIA.

Repetidas veces hemos llamado la atencion de nuestros lectores sobre la revolucion religiosa que se está verificando en Inglaterra, cayendo mas y mas en descrédito la iglesia establecida, y aumentándose las tendencias hácia el catolicismo. Sabido es que el célebre doctor Pusey, teólogo de Oxford, y sabio distinguido, ha dado el nombre á una escuela, que sin condenar decididamente el anglicanismo le abre sin cesar profundas heridas; así como de otra parte va haciendo en cierto modo la apología de la Iglesia católica, sin que se resuelva á entrar en su seno. Al lado de Pusey figura un escritor que se ha señalado sobre manera en promover el desarrollo de esas doctrinas que tanto se aproximan al catolicismo; teólogo de la misma uni-

versidad, y ejerciendo con sus escritos poderosa influencia sobre el clero anglicano, se encuentra en excelente posicion para servir de instrumento á la Providencia, el día que la infinita bondad de Dios se digne conducir de nuevo al redil las ovejas extraviadas.

Este doctor se llama Newman, y acaba de ofrecer á la Inglaterra y á la Europa, un espectáculo tan singular, que nos atreveríamos á decir que carece de ejemplo. En un trabajo que tiene por título *Lyra Apostólica* habia llamado á la Iglesia romana *iglesia perdida*; en una obra sobre los Arrianos habia hablado de la *apostasia papal*; en otra titulada *Tracts for the Times* declaraba que Roma era *hereje*, que habia apostatado en la época del Concilio de Trento, que la *comunión romana se habia ligado para siempre con la causa del Anti-cristo, que habia sustituido la mentira á la verdad de Dios y que era menester huir de ella como de una peste*. Las expresiones que se acaban de leer no las habia soltado el autor en sus mas recientes publicaciones, dadas á luz con mas conocimiento de causa y con mas espíritu de justicia en favor de la verdad. Sin embargo lo que habia dicho en los últimos años en favor del catolicismo, no ha sido bastante para apaciguar su conciencia con respecto á lo que se habia permitido en las anteriores; y así ha creído de su deber borrarlas de sus obras en cuanto le es posible, destruyendo de esta suerte el mal efecto que pudieron causar en el ánimo de los lectores. Para esto ha apelado al medio mas sencillo y expedito, y al mismo tiempo muy honroso á la rectitud de sus intenciones, publicando en los periódicos una solemne retractacion de cuanto habia dicho.

Conócese que el doctor Newman sentía no leves escrúpulos al permitirse tan destempladas expresiones contra la Iglesia romana; y es curioso el oírle cuando nos explica con cándida sencillez lo que á la sazón pasaba en su espíritu. «Si me preguntais cómo puede permitirse un simple individuo pensar y mucho menos publicar semejantes cosas, sobre una comunión tan antigua, tan extendida, y